



# ito de Gustavo Nielsen

pregunté cuánto mal podía hacerle aquella intrusión, pero Marvin ya la había ubicado adentro del pilar de cajas. Todo fue muy natural. A ella parecía gustarle. El Cholo disparó un bollo de papel que sonó contra el pizarrón. El mago se agachó a recogerlo.

- Nos mandan un mensaje, Anita - dijo él, desplegando el bollo-. El doble cabezota te desea suerte en la operación.

Ella sonrió. "No le deseo nada", gritó el chico. Le hice señas para que se sentara y se callara la boca. Marvin le preguntó a Anita si se sentía bien.

- Si - respondió ella.  
El cerró cuidadosamente las dos puertas de las cajas inferiores. La cabeza le asomaba por la última puerta abierta.

- ¿Seguro?  
Anita subió los hombros, que no se le vieron, pero como la cabeza bajó un poco, me pareció. "Mientras no entre la madre", pensé. Crucé los dedos.

- Bien - dijo Marvin-. Anita tiene, si no me equivoco, una gran capacidad para el pensamiento y una imaginación prodigiosa, sólo que no las ha desarrollado aún, porque es chiquitita. ¿Cuántos años tenés?

Ella asomó ocho dedos por sobre la puerta.  
- Claro, ocho... Y cuatro cabezas, ¿les dije?

- Si - contestaron los chicos.  
- Sólo que no se le notan, porque nadie las conectó. Toc-toc -hizo con los nudillos sobre la caja-. ¿Está en cortocircuito esta cabeza?

- Sí!!! - gritaron sus dos únicas compañeras.  
- Le estoy preguntando a ella. ¿Le salen chispas cuando piensa, señorita?  
- No sé -contestó ella.  
- Ah, no sabe. bueno...¿Le molesta si cierro la puerta?  
- No -dijo.

Yo pensé que iba a llorar en cuanto la dejara a oscuras. El cerró la puerta. Los chicos abrieron muy grandes los ojos. Podía oírse la respiración de los pequeños pulmones. Me paré.

- ¿Te sentís bien, Anita? - le dije. El mago me hizo una seña. Levanté la voz.  
- Si - dijo ella. Su afirmación surgía como desde adentro de un pozo.

Me volví a sentar. Estaba muy nerviosa, y lo que pasó después me sorprendió tanto que no supe nunca, en ninguno de los momentos del acto, qué hacer. El mago fue el dueño de la atención de todos cuando comenzó a girar la caja de más arriba sobre las de abajo. Utilizaba ambas manos, y hacía suponer que estaba desenroscando la cabeza de Anita con mucho trabajo. El labio se le plegaba al medio, a causa del esfuerzo. De algún lado sacó una chapa negra y la metió por donde ella tendría el cuello. Separó la caja de arriba y la llevó hasta el escritorio. Las miradas de los chicos y la mía también se posaron ahí. Sobre el piso había quedado un pilar más pequeño. Los chicos empezaron a pararse. Marvin dio unos golpecitos en la tapa de la caja que estaba sobre el escritorio. Preguntó:

- ¿Todavía estás ahí?  
Nadie le contestó.  
- Te estoy preguntando a vos, Anita: ¿estás bien, linda?  
- Si - dijo su voz, desde adentro. El mago hizo unos pases de puntero. Cuando abrió la tapa, los chicos que estaban de pie retrocedieron un paso.

- Hola -dijo Anita.  
Aunque no era Anita, sino la cabeza de Anita, separada de su cuerpo e increíblemente ubicada arriba de mi escritorio.

- ¿Te duele?  
- Nada.  
-¿Tu cuerpo está bien?  
- Mnnnnn - dijo ella.  
- ¿Eso es sí?  
- Si.  
- ¿Querés algo?  
- ¿De qué?  
- Alguna cosa. si querés saber algo...  
- No.

- Entonces no te muevas - dijo él, y volvió a cerrar la puerta. Buscó las tres cajas vacías que había dejado en el suelo, al principio del acto. Puso una a la derecha y dos arriba, formando un prisma mayor. El silencio del aula podía cortarse con un abrecartas. Se paró delante de las puertas. Abrió la de antes. Anita seguía ahí. Abrió la del costado y las dos de arriba. Cuatro cabezas.

- Uau... - dijeron las bocas de los catorce chicos.  
- Hola - repitió Anita, ahora por cuatuplicado.

Crucé los dedos más fuerte para evitar que la madre entrara a avisar "el almuerzo está servido" y viera a su hija decapitada, multiplicada, inexplicablemente sonriente.  
- Esto no es magia - dijo Marvin-, es lo que huía dentro de Anita. Yo no hice otra cosa que sacarlo afuera, para que ustedes también lo pudieran ver. Aunque existe un problema.

- ¿Cuál? pregunté. Los chicos me miraron.  
- El desorden -me contestó. El problema de Anita es el desorden. Las cabezas en Anita no están puestas como verdaderamente deben estar. Por causas ajenas a ella extraviaron sus caminos y rotaron entre sí en sus posiciones. Es igual que si él, ¿cómo te llamabas?

- Gastón.  
- Es como si Gastón se sentara en el asiento de Anita, y ella en el de él.  
- No podría tirarle más tizas - dijo Gastón.  
- A lo mejor ella te tiraría tizas a voz - argumentó el mago. Anita oía las explicaciones sin hacer un gesto. Miré el reloj. Eran las doce menos cinco. A las doce entraría la mamá por su puerta, y la pobre era tan bruta. Le avisé al mago con un sacudón de mano, para que se apurara.  
- Supongamos, Gastón, que todas las cosas estuvieran cambiadas.... Las tizas, en lugar de estar en el pizarrón, estarían en la caja de primeros auxilios, y las curitas en el pizarrón.

- ¡No se podría escribir! - grito el del pelo engominado.  
- ¡Ni curar! - completó la de las colitas.  
- No tendríamos más remedio que ordenar todo - dijo el mago-. O aprender a curar con tizas y al dibujar con tela adhesiva y gasas.

Algunos se rieron. El cerró las cuatro puertas de las cajas, una por una. Y agregó:  
- Por eso voy a mezclar las cajas, para que todo vuelva a estar en orden. Las curitas en el bolquín y las tizas en su lata. Y a cada cabeza su lugar preciso. Sacó la de arriba. la puso abajo, la de la izquierda a la derecha: dudó, volvió a cambiar las de arriba.

- Ya está - dijo.  
Yo había seguido con atención los movimientos. Por algo él no había movido la primera de todas, la de abajo a la derecha. Abrió esa puerta. Anita seguía allí.

- ¿Notan alguna diferencia?  
- No -dijimos.  
- ¿Vos? -le preguntó.  
- No - contestó Anita.

El mago otra vez le cerró la puerta en la cara, bajó las otras tres cajas al piso y volvió la primera sobre las dos que contenían el cuerpo de Anita. Quitó la chapa negra. Simuló nuevamente el esfuerzo desmesurado de volver a atomillarla.

- Nadie lo notó - dijo -, pero ya lo van a notar. Anita tiene las cabezas conectadas de nuevo. Eso es tan importante que, si no lo advierten, es porque las de ustedes están mezcladas, y tal vez sean imposibles de reparar. En la de ella se terminó la confusión.

Abrió las puertas de las cajas simultáneamente, como si fueran un solo paño. La nena saltó caminando. La mamá se asomó al grado, miró al mago y a sus objetos con desprecio y dijo:

- A comer, polenta con tuco sin cebollas.  
Los chicos se levantaron, empujándose. Salieron hacia el comedor. Anita se sentó en su pupitre. Me acerqué a Marvin, que ya estaba desarmando todo.

- ¿Cómo lo hizo?  
- Espejos - dijo él, inclinado sobre las cajas. Desplegó un cartón en dos: el lado de adentro era pura superficie reflectante. Saltó del aula con el equipo completo para acomodarlo en el trailer. Cambió la galera por el casco.

- ¿No se queda a comer? -lo invité.  
- No creo que quiera la cocinera.  
Además, me esperan a las cuatro en Olavarría.

- El puntero es mío.  
- Ah, sí.  
- Estuvo excelente -lo felicité. Tenía la mano helada-. La verdad es que fue asombroso.

- Gracias.  
- Va a volver?  
- ¿Para qué si ya lo vieron?  
- ¿Es el único truco que sabe?  
- No, sé otros. Pero el gobierno me paga para que haga éste. Cuando me pague por los otros, a lo mejor...

Se subió a la moto. Dio tres patadas a un pedal para poder arrancarla.

- Gracias otra vez.  
- A usted -dijo.  
Giró ayudándose con los pies antes de salir por la carretera de tierra. Entré al aula y cerré la puerta, Anita seguía sentada en su pupitre.  
- ¿No tenés hambre? - le pregunté.

Hizo que no con la cabeza. Con las cuatro cabezas en una. Me arrodillé a su lado.

- ¿Y, qué te pareció?  
- Extraño, pero formidable -dijo.



Gustavo Nielsen,  
escritor argentino.